

## Stephen Frears: el cronista camaleónico

Por muchas razones Stephen Frears es un cineasta atractivo para el espectador contemporáneo. En un momento en que la creatividad se democratiza y globaliza, él fue un profeta de la reivindicación del cine de oficio en tiempos en los que todavía primaban los postulados “autorales”. Efectivamente uno de los rasgos definitorios de este cineasta es que no tiene unos estilemas marcadamente definidos, que no es un “*auteur*” en el sentido tradicional del término.

Pero precisamente en su condición camaleónica reside uno de sus principales activos y atractivos. Frears es capaz de fagocitar cualquier historia –generalmente escrita por otros y proveniente del orbe literario- y darle una apariencia fílmica convincente. Por eso su corpus audiovisual (en cine y televisión) es tan amplio, heterogéneo y resistente a socorridas categorizaciones. Su filmografía, de hecho, es refractaria a las taxonomías, que tan frecuentemente devienen taxidermias. No voy a caer en esa tentación clasificadora-discadora, pero si hubiera que buscar un rasgo identitario para este director tan escurridizo sería el de su condición de cronista. El compromiso del inglés con la Historia es innegable, bien sea contemporánea o más o menos lejana. Nadie mejor que él ha radiografiado críticamente la “revolución conservadora” de Margaret Thatcher, con la inestimable colaboración del escritor-guionista Hanif Kureishi; pero su aproximación a acontecimientos más recientes, como el Nuevo Laborismo o el fenómeno popular-mediático de la Princesa del Pueblo, son igualmente lúcidos y convincentes. ¡Y qué decir de sus desinhibidas introspecciones en los suburbios proletarios de los vecinos irlandeses de la mano de Roddy Doyle! También los periodos lejanos en el tiempo son analizados con similar incisividad, consciente nuestro director de que la Historia es un relato construido desde una determinada perspectiva. Largometrajes como *Liam*, *Mrs. Henderson presenta*, *Las amistades peligrosas*, *Hi-Lo Country* o *Ábrete de orejas* están ahí para certificarlo.

La literatura es el otro polo de inspiración de nuestro protagonista. Solventes traducciones a la gran pantalla, a partir de un texto-fuente, se operan a través de guiones generalmente convincentes. Frears, y sabemos que esto lo transmite a sus guionistas, es consciente que el cine es otro puerto de arribo, o como resumiría más eruditamente Even Zohar, un “polisistema de llegada” que tiene sus propias reglas. Cualquier análisis comparativo entre el punto de partida literario y su resultante fílmico *made in* Frears lo confirmaría; pero es en *Alta fidelidad* donde estas operaciones de traducción llegan hasta sus últimas consecuencias manteniendo la frescura y el pálpito de la novela homónima de Nick Hornby. Entre los

manantiales literarios, el de la serie negra es el más recurrente en la filmografía del británico. No es extraño que sus dos primeros largometrajes, *Detective sin licencia* (1971) y *La venganza* (1984), constituyan dos revisiones bastante peculiares de este género, al que volverá en *Los timadores* (1990) y, en cierto modo, en *Negocios ocultos* (2002).

Navegar por las procelosas y permanentemente cambiantes aguas de la filmografía de Frears requiere un rumbo abierto y flexible. En mi monográfico *El cronista camaleónico* propongo uno que permite aproximarse a esta escurridiza figura desde la condición de cronista de la Historia y recreador de la serie negra... Pero más allá de las vías de aproximación, que siempre son relativas e intercambiables –algo difícilmente concebible para algún reseñista “descuardenado”–, existen algunos rasgos recurrentes en el orden temático y estilístico en su producción fílmica: un cierto “toque Frears”.

Una de sus características es otorgar gran importancia al guión y recurrir, en consecuencia, a destacados especialistas de su escritura. Con ellos, como con el resto de los profesionales, suele entablar un diálogo fructífero que responde a su idea del cine como trabajo de equipo. Por ello sus películas responden a los desafíos analizados colectivamente y se adecuan a los requerimientos narrativos y estilísticos de cada una. De ahí la ausencia de un estilo determinado, aunque en todos los casos percibimos una realización consciente y altamente profesional. A través de la Literatura y la Historia Frears se aproxima a las problemáticas personales y sociales de los hombres contemporáneos o del pasado; aquí es donde se repite esa aludida condición de cronista que constituye una de sus marcas de identidad. Para ello cuenta con el arma nada secreta de la tradición realista británica que él contribuyó, con otros cineastas forjados también en la televisión, a dinamizar. Ese realismo le llevó a poner sobre el tapete una problemática (las tensiones raciales y sexuales) ocultada por la “correcta sociedad británica”. Otro de sus activos es el humor, entre tierno y despiadado, que opera como mecanismo humanizador y desactivador de falsos melodramatismos o tentaciones retóricas.

Los filmes de Frears están generalmente poblados de individuos situados en el margen, aunque pertenezcan a las clases privilegiadas la poética del perdedor parece apoderarse de ellos. Son así mismo personajes atrapados en las corrientes alternas de *Eros-Thanatos*, omnipresentes en las tramas frearsianas. Son mayoritariamente criaturas urbanitas y transitan por territorios adscritos al cine de género, preferentemente negro, pero también a la comedia (*Café irlandés*, *La camioneta* y *Alta fidelidad*), el western (*Hi-Lo Country*), el melodrama gótico o el drama histórico (*Mary Reilly* y *Las amistades peligrosas*) y el biopic

(*Mrs. Henderson presenta* y *La Reina*). Estas adscripciones no son del todo puras, pues ya desde su célebre díptico de los ochenta (*Mi hermosa lavandería* y *Sammy y Rosie...*) Frears asumió la mezcla de géneros posmoderna.

Respecto a la “puesta en forma” de sus cintas, el director británico responde con esa versatilidad y profesionalidad ya comentadas; pero si hay un capítulo que mereciera destacar es el de su peculiar relación con los actores, que brillan de manera especial en sus manos. El resumen, estamos ante un cineasta nada afectado que, tras marcar la pauta del cine posmoderno británico, nos ha ido regalando, también desde Hollywood, sólidos productos que se mueven entre ese difícil equilibrio entre la comercialidad y la calidad.

**Javier Hernández Ruiz**, agosto 2008.